



Mentiras con ruedas

Mercedes M. Alfaya

Ilustraciones de Lucía Barrios



algar

¡Socorro!

Me llamo Lucy, tengo ocho años y me ha ocurrido algo horrible. Lo cuento:

Viernes tarde.

Nublado.

Viento del este.

¡Socorroooo! ¡He perdido a mi hámster! No lo encuentro por ningún lado.

Yo escribía en mi libreta, la que nos dijo la señora que debíamos usar para guardar palabras. Anoté «BIGOTES», una palabra que me encanta porque hace cosquillas, y me acordé

del hámster, que también tiene bigotes. Entré en el cuarto de la plancha y me temblaron las piernas: don Nicolás no estaba. Seguro que mi hermano Sergio había abierto la puerta de la jaula para echarle un trozo de tomate y no la había cerrado. Ahora don Nicolás andará vagando por la casa, sin comida ni agua, a merced de cualquier peligro.

Si se ha escapado al jardín, la hemos liado. El gato de la vecina es un experto en la caza de roedores. No quiero pensar lo que ocurrirá si mi madre y mi padre se enteran de que el hámster anda suelto por ahí. Se les rizarán las pestañas y echarán espumarajos por la boca. Mi padre dirá que ella tiene la culpa por darnos tantos caprichos. Discutirán. Y mi madre me acusará de habérmelo inventado todo: «¡Tú siempre inventando!».

Luego añadirán que para qué necesitábamos un ratón enjaulado o una jaula sin ratón. Que ya puedo buscarlo por todas partes. Y: «¡Más vale que aparezca o te quedarás sin postre y sin merendar con la tita!».



Eso es lo que dirán si se enteran de que se ha perdido don Nicolás. Lo del postre me da lo mismo; total, se acabó el bizcocho de chocolate... Claro que... lo de mi tita duele. Mi tita Elena y yo hemos quedado la semana que viene para merendar por ahí. Le quiero contar la excursión que hicimos al parque de los lobos de Antequera. Saqué un montón de fotos con mi cámara y luego le expliqué a Sergio que los lobos comen conejos y huyen de las personas. Ese rollo le metí a mi hermano para que no se asuste si alguna vez se encuentra con uno.

«¡Esta niña siempre inventando!», dijo mi madre. Mi padre siguió fregando los platos sin abrir la boca.

Inventar es una palabra rica, como la leche y las torrijas, por eso la incluiré en la libreta del cole.

Salir con mi tita está chuli. Con ella me siento mayor. Bueno, todo lo mayor que se pueda creer una niña de ocho años con bolso, pulseras y un pintalabios camuflado en el zapato (mi

madre siempre dice que me va a meter pañuelos en el bolso, aunque lo que quiere es cotillear si llevo el pintalabios o maquillaje). No quieren que me pinte los labios. En cambio, a mi tita Elena no le importa; con ella todo está bien. Estoy deseando que llegue el martes para que merendemos juntas. Mi familia dice que mi tita me consiente demasiado porque luego no me tiene que aguantar. Yo creo que no es eso, sino que las madres tienen que hacer de madres; las tías, de tías; los padres, de padres; los abuelos, de abuelos, y los profes, de profes.

¡Cachis!, olvidaba al pituso,
que hace muy bien su papel
de hermano pequeño:
«Lucy, ¿me abro-
chas las de-
portivas?»;



«Lucy, cómete mi trozo de brócoli»; «Lucy, diles que cambien de canal, que quiero ver los dibujitos»...; «Lucy...», «Lucy...», «Lucy...». Me va a borrar el nombre. Por cierto, ¿se puede borrar el nombre? ¡Uy! Si es que sí, me pido el de Priscila, como el de una niña de mi clase que es paraguaya y se llama Priscila. Un momento, voy a anotar *paraguaya* en mi libreta. Me encanta esa palabra: «PA-RA-GUA-YA». ¡Ya está!

Os contaba que a mi hermano se le da muy bien hacer de hermano. Yo todavía hago de niña. Por eso lloro cuando no me creen y dicen que no me he lavado los dientes porque el cepillo está seco y porque el lavabo no tiene churretes de pasta. ¡Y yo qué sé! Me los he lavado y ya está. ¿No se secan los charcos y el pegamento? Pues digo y repito que me los he lavado y siguen sin creerme, hasta que se me forma un nudo en la garganta y las lágrimas ya no aguantan en los ojos. Mi padre arruga la nariz y mi madre pone cara de estropajo.

—¡Abre la boca, que te olamos!

Y como ya ha pasado un rato desde que no me creen, el olor de la pasta se ha ido.

—Esta niña se está volviendo mentirosa —sentencia mi padre.

—Llevémosla al médico.

—¡Mamá! —le digo—, que papá lo que dice es que me estoy volviendo mentirosa, no que me esté poniendo azul.

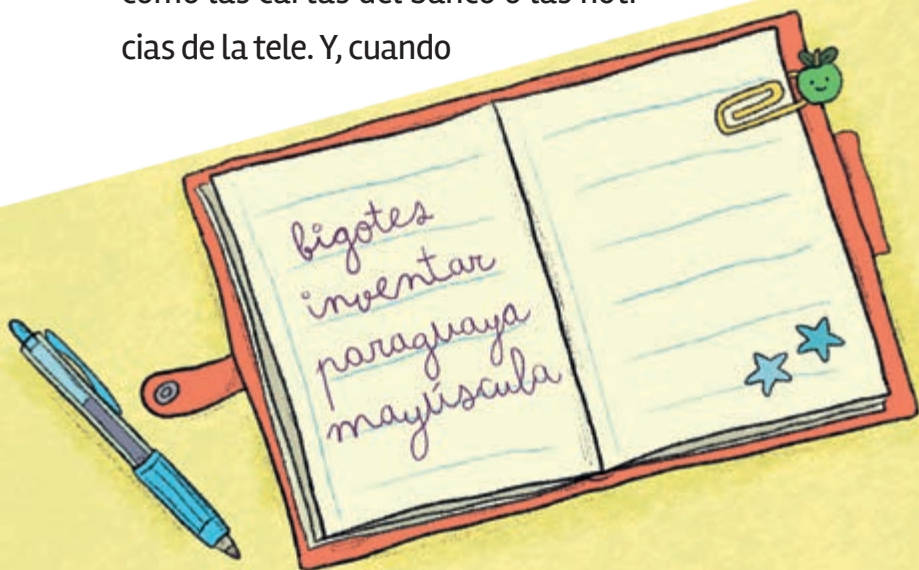
—Lucía, deja de matizar —protesta mi madre.

—Jopé, ¿no se puede hablar?

—¡NO! —grita mi padre (en mayúsculas).

Mayúscula es otra palabra de peso; la anotaré en mi libreta.

En mayúsculas todo suena un poco serio, como las cartas del banco o las noticias de la tele. Y, cuando



mi padre dice «¡NO!» (en mayúsculas), retumban las paredes y tintinean los vasos. Aunque todo esto no es nada comparado con lo que me espera si descubren que hemos perdido al hámster. Rectifico y amplío la frase: que hemos perdido al hámster... ¡¡¡en casa!!!

Prometí que cuidaría de él. De él y de mi hermano, para que no le abriera la jaula. Pero ¿qué queréis? No puedo vigilar a Sergio las veinticuatro horas del día. «Prometer es cumplir», dice mi abuelo. Y lleva razón. Bueno, ahora lo que importa es encontrar a don Nicolás.